

Resumen de prensa

Comentario de actualidad

Ramon Boixareu

El caso es que un *Comentario* no bastaría para dar debida cuenta de lo que ha sido, y sigue siendo, la saga de la crisis de la deuda griega. La atención que la prensa occidental ha estado dedicando a esta cuestión sólo se puede comparar, en lo económico-financiero, a la que se prestó a la crisis global que tuvo su cenit en los años 2008-2009 y que todavía azota, de forma más o menos aguda, a no pocos países de esta área del planeta.

La crisis griega se empezó a manifestar de cara al público el pasado mes de febrero. A partir de entonces alcanzó notable virulencia, sin que pueda decirse con un mínimo de seguridad que ha tocado ya a su fin.

El primer movimiento diplomático del problema fue la visita a Atenas de Olli Rehn, el comisario de economía y asuntos monetarios de la UE. Como sea que ésta no tenía dispuesto lo que podía ser el procedimiento a seguir para acudir en auxilio de un país miembro en un caso como el griego, ha sido necesario improvisar a medida que se avanzaba, haciendo, así, «camino al andar».

Sea como fuere, el euro se encontró súbitamente ante el problema más serio de su breve historia.

Por parte griega, el Gobierno elaboró un plan con medidas de austeridad que pudieran ser aceptadas como suficientes por los países que debían acudir, en principio, a su salvamento, es decir, Alemania y Francia, las dos economías más sólidas del bloque euro. Entre tales medidas destacaban: la posible abolición de uno de los dos meses de paga extra que han estado recibiendo los funcionarios pú-

blicos, así como de los empleados de algunas empresas privadas; un incremento de los impuestos que gravan la gasolina, el tabaco y el alcohol, etcétera.

La posición de las dos economías citadas fue, en líneas generales, notablemente diferente, con una actitud más negativa por parte de Alemania, dada la resistencia que la cancillera fue encontrando en su país, y no sólo entre los políticos, sino incluso entre la población. A este respecto, según Thomas Klau, miembro del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores y autor de un libro sobre el nacimiento del euro, «el argumento, en Alemania, es este: ¿Por qué deberían nuestros trabajadores trabajar hasta los 67 años para que los griegos puedan jubilarse dos o más años antes?».

La oposición de Alemania ha tenido otra nota destacada, y ha sido su resistencia a admitir la intervención del Fondo Monetario Internacional, hasta la última fase de la negociación del acuerdo de rescate de Grecia.

Por cierto, que esta resistencia a aceptar la participación del Fondo en la solución del problema contó también durante algunas semanas con la oposición de Francia, debida, según se ha dicho, a la resistencia del presidente Sarkozy a dar facilidades a Dominique Strauss-Khan, director general del FMI y eventual rival de Sarkozy en las próximas elecciones presidenciales francesas.

En realidad, el principal motivo de la oposición de Alemania, y también de Francia y, personalmente, de Trichet, a la participación del Fondo Monetario en la solución del problema, fue el desprestigio que esta participación iba a

suponer para el euro, moneda rival de dólar, y para la misma eurozona, dada, además, la vinculación especial que el Fondo mantiene con Estados Unidos.

Mientras tanto, las idas y venidas en busca de soluciones no cesaban, en especial las del primer ministro griego, George Papandreou, con visitas a Berlín, París y Washington, así como las de otras autoridades griegas —como el ministro de Hacienda, Giorgos Papaconstantinou, y el gobernador del banco central, Giorgos Provopoulos— a los altos cargos de Bruselas. Tanto tráfico de influencias no podía dejar de producir rumores sobre la consecución de un arreglo, rumores que debieron ser desmentidos una y otra vez.

Entre las informaciones que circularon alrededor de la crisis destacaron las relativas a las emisiones de bonos del tesoro griego, cuya venta ha suscitado enorme expectación, pendientes como estaban, la prensa y todo el sistema de medios, de las respuestas que daba el mercado, a medida que avanzaba la negociación, a las ventas de obligaciones por parte de Grecia. El caso, un tanto sorprendente, es que todas las ofertas de bonos que hizo Grecia en esas semanas y meses se cubrieron con facilidad. Cosa que puede explicarse por las esperanzas que creaban las negociaciones, por una parte, y por el rendimiento esperado, entre el 6 y el 7 por ciento, por otro, 3 ó 4 puntos porcentuales superior al de las emisiones de bonos alemanes.

Finalmente, Alemania y Francia alcanzaron el día 26 de marzo un acuerdo en virtud del cual los dos países aceptaban un mecanismo para el rescate de Grecia, daban un importante papel en el mismo al Fondo Monetario Internacional y quedaba establecido que los países miembros de la Unión Monetaria prestaran la mayor parte de los fondos necesarios en el caso de que Atenas no pudiera obtenerlos en el mercado de capitales. Los líderes de los países de la zona euro se iban a reunir el día siguiente en Bruselas para completar el acuerdo logrado por Angela Merkel y Nicolas Sarkozy, y en virtud del cual Atenas, en el evento de «dificultades muy serias», recibiría coordinadamente préstamos bilaterales de los otros miembros de la eurozona, así como ayuda del Fondo Monetario Internacional. Según todos los indicios, las dos terceras partes de los recursos procederían, llegado el caso, de los socios de Grecia en la zona, y un tercio del FMI.¹

Por su parte, el gobierno griego asumió nuevas medidas de austeridad dirigidas a la disminución del gasto pú-

blico, que del 12,7 por ciento del PIB del pasado año pasaría a ser del 8,7 por ciento el año en curso. El plan, cosa importante, no contempla ninguna ayuda financiera inmediata, la cual sólo debería tener lugar en el caso de tratarse de la última instancia (*last resort*).

He ahí, pues, lo esencial del acuerdo alcanzado con el objetivo de poner fin, en principio, a la crisis griega. Como decía un editorial de *Financial Times* de 27/3, «el hecho de que Jean-Claude Trichet, presidente del Banco Central Europeo, diera su visto bueno al acuerdo supuso la guinda que culmina el pastel». Por su parte, Herman van Rempuy, presidente del Consejo de Europa, celebró el final de las negociaciones para el salvamento de Grecia con estas palabras: «esperamos que el acuerdo tranquilizará a todos los poseedores de obligaciones griegas en el sentido que la eurozona no permitirá jamás que Grecia se venga abajo».

El día 28/3, en fin, un periódico español titulaba así las informaciones procedentes de Bruselas y de Atenas: «El día en que Europa evitó el naufragio».

Transcurridos algunos, pocos, días desde el 26/3, el tono de la prensa, en general, era más sombrío. David Jolly, en *Herald Tribune* de 30/3, decía lo siguiente: «Sólo pocos días después del acuerdo alcanzado en el seno de la eurozona, las autoridades de Atenas pusieron las nuevas garantías a prueba, ofreciendo una emisión de bonos por un importe de cinco m.m. de euros a siete años, bonos destinados a refinanciar deuda. El rendimiento de la emisión era del seis por ciento, lo que significaba que Grecia pagaría 3,34 puntos porcentuales más de lo que pagaría Alemania —considerado como país de referencia (*benchmark*)— por una emisión con el mismo vencimiento. Y lo más interesante del caso es que los intereses ofrecidos por Grecia eran también muy superiores a los que pagan Portugal, España, Irlanda e Italia, es decir, otros países cuya deuda ha preocupado asimismo en algún momento».

La prueba realizada por Grecia con la citada emisión de obligaciones no se puede decir que fuera, pues, un éxito, dijo Yannis Stourmaras, profesor de economía en la Universidad de Atenas. «Y no fue un éxito porque el precio de la emisión resultó demasiado caro». «Pero la confianza se consolidará con el tiempo», dijo también dicho profesor. «Lo peor ha pasado ya». El periódico, por su parte, añadía, pesimista: «Si los costes de las próximas emisiones (para ir amortizando deuda de anteriores emisiones, por ejemplo) siguen siendo elevados, los ahorros resultantes de las medidas de austeridad anunciadas por el gobierno griego podrían ser absorbidos por el servicio de la deuda».

El mismo día 30/3, *The Wall Street Journal* titulaba, en las seis columnas de su primera página: *Greece's debt*

¹ Según Stephen Fiedler, en *The Wall Street Journal* de 26-28/2, un rescate parecido, en el hipotético caso de España —cuya economía es casi el doble de las de Grecia, Portugal e Irlanda juntas— supondría una suma de más del doble.

costs stay high, mientras que *Le Monde* de 31/3 no se quedaba atrás en su acusado pesimismo: *La Grèce n'a pas retrouvé la confiance des marchés*.

Nouriel Roubini, en fin, profesor de Economía en la Universidad de Nueva York, advirtió que Grecia «es un ca-

nario en una mina de carbón... Con los tres cuartos de los 400 m.m. de dólares de deuda en poder de no residentes, principalmente entidades financieras europeas, las pérdidas por contagio podrían ser escandalosas. Grecia no es *too big to fail*, pero sí está demasiado interconexiónada para que se pueda dejar que se derrumbe».²

² Véanse, al término de las páginas que siguen —en las que se recoge la selección de prensa del segundo bimestre— los últimos *flashes* de la saga griega recibidos al cierre de la presente edición de *Cuadernos*.